

garganta, ayudado por su secretario Epafrodito. Jamás hubo vida mas atroz, pero tampoco hubo muerte mas triste ni mas vergonzosa. Pereció á la edad de treinta y dos años, el día en que habia hecho morir á su esposa Octavia. La alegría pública fue tan grande que el pueblo corria por las calles, llevando en la cabeza el gorro de la libertad.

CAPITULO III.

Del establecimiento del cristianismo (1).

En el seno de este imperio romano que nos ofrece el espectáculo de todas las vergüenzas y de todos los crímenes, se formaba otra sociedad llamada por Dios para regenerar el mundo. Jesucristo habia muerto entre dos ladrones en la cumbre del Gólgota, cuando Tiberio vivia ignominiosamente en Caprea. Al rescatar el mundo, el Hombre-Dios habia pronunciado la muerte del paganismo y de todos sus degradantes errores. Sus espesas tinieblas habian de huir á su presencia, como la noche delante del sol. Roma, señora de las naciones; Roma, reina y esclava de la idolatría, habia sido envuelta en este decreto fatal, y esto nos explica, mejor que todas las razones humanas, el misterio de la decadencia de este vasto imperio, y el misterio de esa larga agonía que le veremos todavía arrastrar desgraciadamente por espacio de muchos siglos. El espíritu, cansado de todas esas escenas de sangre y corrupcion, quiere al menos fijar sus miradas sobre esta sociedad naciente que se desarrolla en el seno de aquel imperio condenado, y que ha de restituir á la humanidad descaecida su brillo y hermosura. En este prodigioso alumbramiento la historia nos hace comprender de la manera mas sensible cómo Jesucristo fue realmente por su doctrina el Salvador y Redentor del mundo.

§ I. Jesucristo y su doctrina.

« Al fin del reinado de Herodes, y en el tiempo en que los fariseos introducian en la religion de los Judíos toda clase de abusos, Jesucristo fue enviado sobre la tierra para restablecer el reino en la casa de David, de una manera mas elevada que lo que los Judíos carnales la comprendian, y para predicar la doctrina que Dios habia resuelto hacer anunciar á todo el universo. Este admirable niño, llamado

(1) AUTORES QUE SE PUEDEN CONSULTAR: Siendo los orígenes infinitamente numerosos, nos contentaremos con recomendar el manual de Alzog, *Historia universal de la Iglesia*. En él se encontrará la indicación de todas las principales obras que pueden consultarse.

por Isafas el Dios fuerte, el Padre de los siglos futuros y el Autor de la paz, nace de una virgen en Belen, y viene allí á reconocer el origen de su raza. Concebido por el Espíritu Santo, santo por su nacimiento, solo digno de reparar el vicio del nuestro, recibe el nombre de Salvador, porque habia de salvarnos de nuestros pecados. Poco despues de su nacimiento, una nueva estrella, figura de la luz que debia dar á los Gentiles, se hace ver en Oriente, y trae al Salvador niño todavia las primicias de la gentilidad convertida. En seguida, este Señor tan deseado viene á su santo templo, en donde Simeon le mira, no solamente como la gloria de Israel, sino tambien como *la luz de las naciones infieles*. Cuando llegaba el tiempo de predicar su Evangelio, san Juan Bautista, que le habia de preparar el camino, llamó á todos los pecadores á la penitencia, é hizo resonar sus gritos por todo el desierto, en el que habia vivido desde sus primeros años con tanta austeridad como inocencia. El pueblo, que hacia quinientos años no habia visto profeta alguno, reconoció á este nuevo Elías, y estaba muy dispuesto á tomarle por el Salvador, tan admirable pareció su santidad; pero él mismo mostraba al pueblo aquel á quien *no era digno de desatarle los zapatos*. En fin, Jesucristo comienza á predicar su Evangelio, y á revelar los secretos que veia de toda eternidad en el seno de su Padre...

• Aunque enviado para todo el mundo, solamente se dirige por de pronto á las ovejas descarriadas de la casa de Israel, á las que venia tambien enviado principalmente; pero prepara el camino á la conversion de los Samaritanos y de los Gentiles. Una mujer samaritana le reconoce por el Cristo que su nacion esperaba tan bien como la de los Judios, y aprende de él el misterio del culto nuevo que no se limitará á un lugar determinado. Una mujer cananea é idólatra le arranca, por decirlo así, aunque desechada, la cura de su hija. Reconoce en diversos lugares á los hijos de Abraham en los Gentiles, y habla de su doctrina como que debia ser predicada, contradicha y recibida por toda la tierra. Jamás el mundo habia visto nada semejante, y sus apóstoles se admiran. No

oculta á los suyos las tristes pruebas que habian de experimentar. Les hace ver las violencias y la seduccion empleadas contra ellos, las persecuciones, las falsas doctrinas, los falsos hermanos, la guerra interior y exterior, la fe combatida por todas estas pruebas; al fin de los tiempos la decadencia de esta fe y la tibieza de la caridad entre sus discípulos, y en medio de tantos peligros su Iglesia y la verdad siempre invencibles.

• Hé aquí pues una nueva conducta y un nuevo orden de cosas; no se habla ya á los hijos de Dios de recompensas temporales. Jesucristo les muestra una vida futura; y teniéndoles suspensos con esta esperanza, les enseña á deshacerse de todas las cosas sensibles. La cruz y la paciencia vienen á ser su herencia en la tierra, y se les propone *el cielo* para que lo *conquisten á viva fuerza*. Jesucristo, que muestra á los hombres esta nueva senda, es el primero que entra en ella: predica verdades puras que aturden á los hombres groseros aunque ensoberbecidos; descubre el orgullo oculto y la hipocresía de los fariseos y de los doctores de la ley que la corrompian por sus interpretaciones. En medio de estas reconvencciones honra su ministerio y *la cátedra de Moisés en que están sentados*. Frecuenta el templo cuya santidad hace respetar, y envía á los sacerdotes los leprosos que ha curado. De esta manera enseña á los hombres cómo deben reprender y reprimir los abusos sin perjuicio del ministerio establecido por Dios, y demuestra que el cuerpo de la sinagoga subsistia á pesar de la corrupcion de los particulares. Pero se inclinaba visiblemente á su ruina. Los pontífices y los fariseos animaban contra Jesucristo al pueblo judío, cuya religion se le hacia supersticiosa. El pueblo no puede sufrir al Salvador del mundo, que le llama á unas prácticas sólidas, pero difíciles. El mas santo y el mejor de todos los hombres, la santidad y la bondad misma, llega á ser el mas envidiado y aborrecido. No por ello se desanima, ni cesa de hacer bien á sus conciudadanos; pero ve su ingratitud, pronostica con lágrimas su castigo y anuncia á Jerusalem su próxima caída. Tambien predice que los Judios enemigos de la verdad que les pre-

dica serian entregados al error y llegarían á ser el juguete de los falsos profetas. Sin embargo los celos de los fariseos y de los sacerdotes le llevan á un suplicio infame; sus discípulos le abandonan, y uno de ellos le vende. El primero y el mas celoso de todos le reniega tres veces. Acusado ante el consejo, honra hasta el fin el ministerio de los sacerdotes, y responde en términos precisos al pontífice que le preguntaba jurídicamente. Pero habia llegado el momento en que la sinagoga debia ser reprobada. El pontífice y todo el consejo condenan á Jesucristo porque se llamaba el Cristo, hijo de Dios. Es entregado á Pilato, presidente romano. Su inocencia es reconocida por su juez, á quien la política y el interés hacen obrar contra su conciencia, el Justo es condenado á muerte, el mayor de todos los crímenes da lugar á la obediencia mas perfecta que jamas existió. Jesus, dueño de su vida y de todas las cosas, se abandona voluntariamente al furor de los malos, y ofrece el sacrificio que habia de proteger á todo el género humano. Estando en la cruz mira en las profecías lo que le faltaba que hacer, lo concluye y dice: *Todo está consumado*. Al decir estas palabras todo cambia en el mundo, la ley cesa, las figuras pasan, los sacrificios son abolidos por una oblacion mas perfecta. Hecho esto, Jesucristo espira con un gran gemido. Toda la naturaleza se conmueve. El centurion que le guardaba, admirado de tal muerte, exclama que es verdaderamente el Hijo de Dios, y los espectadores se vuelven de allí dándose golpes de pecho. Resucita al tercero dia; aparece á los suyos que le habian abandonado, y que se obstinaban en no creer su resurreccion. Le ven, le hablan, le tocan y quedan convencidos. Para confirmar la fe de su resurreccion, se manifiesta diversas veces y en muchas circunstancias. Sus discípulos le ven en particular y tambien todos reunidos; una vez se presenta á mas de quinientos hombres. Un apóstol que lo ha escrito asegura que la mayor parte de ellos vivian aun, en el tiempo en que él escribia. Jesucristo resucitado da á sus apóstoles todo el tiempo que quieren para considerarle bien, y despues de haberse puesto entre sus manos de todas las maneras que ellos

deseaban, y de modo que no pueda quedarles la menor duda, les ordena dar testimonio de lo que han visto, de lo que han oido, y de lo que han tocado (1).»

§ II. De los apóstoles y de su predicacion.

Mision de los apóstoles. « Para derramar en todos los lugares y en todos los siglos tan altas verdades, y para poner en vigor, en medio de la corrupcion, unas prácticas tan puras, era necesario una virtud sobrehumana. Esa es la razón por qué Jesucristo promete enviar el Espíritu Santo, para fortalecer á sus apóstoles y animar eternamente el cuerpo de la Iglesia.

» Esta fuerza del Espíritu Santo, para declararse mas, debía presentarse en medio de la enfermedad. *Os enviaré*, dijo Jesucristo á los apóstoles, *lo que mi Padre ha prometido*, es decir, el Espíritu Santo; mientras tanto, *descansad en Jerusalem, no emprendais nada hasta que esteis revestidos de la fuerza del cielo*.

» Para obedecer esta orden, permanecen encerrados cuarenta dias: el Espíritu Santo desciende en la época determinada; las lenguas de fuego que cayeron sobre los discípulos de Jesucristo marcan la eficacia de su palabra; la predicacion comienza, los apóstoles dan testimonio de Jesucristo; están prontos á sacrificarlo todo para sostener que le han visto resucitado. Los milagros siguen á sus palabras; en dos predicaciones de san Pedro se convierten ocho mil Judíos, y llorando su error son lavados en la sangre que habian derramado (2).»

Pedro y Juan son llevados ante el consejo de los Judíos que les prohíbe hablar al pueblo. *No podemos*, respondieron, *callar todas las cosas que hemos visto y que hemos oido*. El sanhedrin, confundido por esta valerosa firmeza, no sabe qué partido tomar. *Dejadles hacer*, dijo Gamaliel, *si esta obra viene de los hombres se destruirá por sí sola; si viene de Dios, no podreis*

(1) Bossuet, *Discurso sobre la Historia universal*, 2ª parte, cap. XIX.

(2) Id., *ibid.*

destruirla. En breve se vió que la obra era divina, porque no cesó de crecer y aumentarse, no solo en la Judea, sino tambien en todos los paises del mundo.

Trabajos apostólicos de san Pablo. Pablo, uno de los mayores perseguidores de los cristianos, fue un dia aterrado por la fuerza de Dios en el camino de Damasco. Sus ojos se abrieron á la verdad, y recibió del cielo la mision de anunciar el Evangelio á los Gentiles. Sin embargo, antes de comenzar sus viajes apostólicos, fué á Jerusalem para ver á Pedro y hacerse reconocer de él como apóstol. Despues recorrió la Siria y la Cilicia, propagó el cristianismo en la gran ciudad de Antioquia, y fué á predicar con Bernabé á la isla de Chipre y al mediodia del Asia Menor.

Despues de esta gran mision volvió á Antioquia, fué á dar cuenta de sus primeros trabajos á Pedro que se encontraba aun en Jerusalem, y volvió segunda vez al Asia Menor para concluir la conversion de todo este pais. Predicó con el mayor éxito en la Frigia, la Misia, la Lidia y la Tróade, se unió estrechamente á su amado Timoteo y al evangelista san Lucas, y pasó á la Macedonia donde fundó las grandes iglesias de Filipos, Tesalónica y Berea. De allí se embarcó para Atenas, en cuya ciudad anunció delante del areopago el Dios desconocido, y terminó esta gloriosa mision por el establecimiento de la iglesia de Corinto.

Estos trabajos le habian tenido alejado de Antioquia por espacio de año y medio. Trasládose á dicha ciudad despues de tan larga ausencia, pasando por Efeso, Cesarea y Jerusalem. En seguida hizo por tercera vez una mision en el Asia Menor. Habiendo sabido las disputas que se suscitaron entre los Corintios y los Gálatas, les escribió para dirimir las controversias que les agitaban. Visitó las iglesias de Macedonia, envió otra carta á Corinto, y fué él mismo á esta ciudad para ahogar todas las semillas de discordia que el espíritu de las tinieblas habia derramado en ella. Desde Corinto escribió á los Romanos.

En este último viaje recogió limosnas para los fieles de Jerusalem. Sabia á persecucion que le esperaba en esta última

ciudad, pero nada pudo detener su celo. Cuando compareció delante del gobernador de la Judea, usó de los derechos que le daba su título de ciudadano romano, y apeló de él al César. Le enviaron á Roma donde estuvo cautivo durante dos años. Luego que se le puso en libertad, principió de nuevo sus trabajos apostólicos y evangelizó el Occidente. Por desgracia los *Actos de los apóstoles* se detienen aquí, y no se poseen ya acerca de las últimas misiones del apóstol de los Gentiles sino tradiciones muy respetables sin duda, pero que con todo eso no bastan para dar una entera certidumbre. No obstante, es incontestable que san Pedro y él fueron decapitados el mismo dia en Roma en tiempo de Neron.

Trabajos apostólicos de san Pedro. Las sagradas Escrituras no nos han conservado tantos detalles sobre las misiones del gefe de los apóstoles como acerca de las de san Pablo. Mas parece que el Espíritu Santo que las ha dictado ha cuidado de hacer sobresalir por los hechos su primacía de honor y de jurisdiccion. Así es que le vemos á la cabeza de todos los asuntos importantes. « Preside la eleccion del apóstol Matias: es el primero que habla al pueblo despues de la venida del Espíritu Santo: habla al sanhedrin en nombre de todos los apóstoles. Hace el primer milagro, y es el primero que pronuncia una sentencia terrible contra Ananías, y el primero que abre las puertas de la Iglesia cristiana á los Gentiles. A Pedro es á quien busca Pablo en Jerusalem, despues de su conversion, para hablar con él. Pedro es quien preside el primer concilio de Jerusalem y siempre es Pedro á quien todos los Evangelistas llaman el primero, aunque no fue el primero que siguió á Jesucristo, prueba cierta de que todos los apóstoles reconocieron su primacía.

Con respecto á sus trabajos apostólicos, sabemos que fundó la primera Iglesia cristiana en Jerusalem, y arregló en la Judea y el pais de Samaria todas las comunidades nuevas de los primeros cristianos. Cuando la fe se extendió por el Oriente, residió algun tiempo en Antioquia, capital de toda esta parte del mundo. Despues evangelizó sucesivamente el Ponto, la Capadocia, la Galacia, el Asia y la Bitinia. Habién-

dose extendido el reinado de Jesucristo en Occidente tanto como en Oriente, Pedro salió de Antioquía para ir á fijar su residencia en Roma, reina y dueña de todas las naciones. Selló con su sangre la fe, y fue crucificado como su divino Maestro.

Trabajos de los demas apóstoles. Habiendo sido conforme en todo la vida de los demas apóstoles á las san Pedro y san Pablo, los sagrados libros no han cuidado de volver á decirnos los mismos milagros, las mismas virtudes y los mismos padecimientos. Segun el testimonio de los historiadores eclesiásticos, Santiago, hijo de Alfeo, fue el primer obispo de Jerusalem, y derramó su sangre por la fe en tiempo de Agripa. San Mateo predicó en la India y en la Etiopía; san Andres en la Escitia, el Epiro y la Tracia, y murió en Patras en Acaya; san Felipe recorrió la alta Asia y murió en Hierápolis en Frigia; santo Tomás evangelizó á los Partos; san Júdas Tadeo llevó la fe á la Mesopotomia y fue martirizado en Persia ó en Armenia; san Simon el celoso murió igualmente mártir en Persia, despues de haber predicado en este pais, en Mesopotamia, Arabia é Idumea. San Bartolomé fué á las Indias, y san Matías, elegido en lugar de Júdas, recorrió la Capadocia, las costas del mar Caspio y fue martirizado en Cólchida. San Juan habitó principalmente en Efeso, desde donde dirigió las iglesias del Asia Menor.

Por éste cuadro se ve que los apóstoles se esparcieron realmente en todas las naciones, y se comprende cómo fue que algunos años despues de la ascension de Jesucristo, san Pablo podía escribir á los Romanos, que el Evangelio habia sido anunciado á toda la tierra.

§ III. De las primeras Iglesias.

De la constitucion de la Iglesia. La Iglesia se manifestó desde el principio en el mundo con su constitucion y su jerarquía. Jesucristo transmitió á sus apóstoles la plenitud de su sacerdocio por medio de estas palabras evangélicas: *Como mi*

Padre me ha enviado, así os envío yo á vosotros; el que os escuche me escucha, el que os desprecie me desprecia. Los apóstoles, para perpetuar su ministerio, transmitieron igualmente su poder y su mision á los obispos, y les establecieron como sus sucesores. Las Epistolas de san Pablo á Tito y Timoteo prueban que estos obispos no tenían jurisdiccion sino sobre una parte determinada de la Iglesia, pero gozaban de ella en toda su plenitud. Como los apóstoles habian tenida á Pedro por jefe, así vemos á todos los sucesores de san Pedro ejercer desde el principio en toda la Iglesia su autoridad suprema. Despues de los obispos venian los presbíteros que les ayudaban en la administracion de los sacramentos. Segun las cartas de san Ignacio, los presbíteros recibian de los obispos todos sus poderes, pero no podian como ellos comunicarlos por medio de la ordenacion. En fin, el tercer grado de la jerarquía se componia de los diáconos ó ministros que los apóstoles habian establecido para predicar, bautizar, distribuir limosnas y servir á la mesa en las grandes asambleas de los fieles.

Vida interior de los primeros cristianos. La Escritura nos enseña que los primeros cristianos recibian con gran docilidad las lecciones de todos aquellos ministros sagrados, que perseveraban en la doctrina de los apóstoles y santificaban sus acciones por medio de la oracion. Todos estaban unidos, y todo cuanto tenían era comun. Vendian sus posesiones y sus bienes, y los distribuian á todos, segun la necesidad de cada uno. Continuaban yendo todos los dias al templo unidos en espíritu, y rompiendo el pan en sus casas, tomaban su alimento con alegría y simplicidad de corazón, alabando á Dios y siendo amados de todo el pueblo. La multitud de los creyentes no tenía mas que un corazón y un alma, y generalmente participaban de todo. Entre ellos no habia pobres, porque todos los que tenían tierras ó casas las vendian y presentaban el precio de ellas. Lo ponian á los piés de los apóstoles, y se distribuia con caridad.

Fácil es conocer que esta comunidad de vida y de bienes fue una situacion excepcional debida al primer fervor de los

cristianos. Todos estos dones eran voluntarios, y en breve, cuando se aumentó la Iglesia, se vió aumentarse tambien el número de los fieles que, aun cuando abrazaban la doctrina de Jesucristo, no por eso renunciaron á sus riquezas. A pesar de las grandes virtudes que brillaron en el seno de esta nueva sociedad, tambien se vieron en ella grandes escándalos. San Pablo reconviene á un Corintio por un crimen que llama *inaudito* aun entre los infieles, se esfuerza en calmar todas las divisiones que agitaban la Iglesia de Corinto, nos habla de graves desórdenes que estallaban en las asambleas sagradas, y por los numerosos consejos que da á los cristianos de su tiempo, nos revela que el agua del bautismo no apagaba en los hombres de entonces ni en los de hoy el foco de la concupiscencia.

Para hacer estas prevaricaciones menos numerosas, hubo necesidad de dictar leyes severas contra los que se deshonoraban con crímenes públicos. Se les excomulgaba, es decir, quedaban separados de la sociedad de los fieles, y no podian entrar en ella sino despues de largas pruebas y duras penitencias; pero contra los que mas severidad habia era contra los novadores que trataban de alterar la doctrina de Jesucristo.

De las herejias. Porque si hubo en todo tiempo en la Iglesia hombres de corazon corrompido, tambien hubo siempre espíritus inquietos y orgullosos, que no podian sufrir el yugo de la autoridad. Los apóstoles se pronunciaban con mucha fuerza contra todos esos artifices de novedades profanas. Así san Pablo combate vigorosamente á los Judíos que trataban de unir la ley de Moisés con la de Jesucristo, y que formaron una secta llamada con este motivo la secta de los *judaizantes*. Esta secta, como todas las herejias que nacieron mas tarde, se dividió en otras muchas, los *ebionitas*, los *nazarenos* y los *cerintios*. Cada una de estas sectas entendia la doctrina de Jesucristo á su manera. Los unos, como los ebionitas, no admitian entre las sagradas Escrituras mas que el Evangelio de san Mateo; los demas, como los nazarenos, crearon una apócrifa vida de Jesucristo, á la que llamaron el Evangelio se-

gun los Hebreos. San Pablo combatió la mayor parte de estos errores; pero el apóstol que pareció suscitado de Dios muy especialmente para aniquilarlos, fue san Juan. En contrábase en los lugares mas corrompidos por estas deplorables doctrinas, que todas tendian á negar la divinidad de Jesucristo. Escribió su admirable Evangelio, en el que estableció, desde el principio, que el que lo ha creado todo no es un ser humano, como decian los ebionitas; que el Verbo no solo descendió á Jesus, como lo decian los cerintios y los docetos, sino que se hizo realmente carne; y que no es por Moisés, como lo suponian los judaizantes, sino por la fe en Jesucristo que se llega á ser hijo de Dios.

Los tiempos apostólicos terminan con san Juan.